

Hi 02 - 15

4 copias

CARLOS MARX

**CONTRIBUCIÓN A LA  
CRÍTICA DE LA  
ECONOMÍA POLÍTICA**

SEGUNDA EDICION



**ediciones estudio**

BUENOS AIRES, 1973

TRADUCCIÓN

Carlos Martínez / Floreal Mazía

Libro de edición argentina.  
Hecho el depósito que fija  
la ley 11.723.

© by EDICIONES ESTUDIO.  
Buenos Aires, 1973.

## PREFACIO

Estudio el sistema de la economía burguesa por este orden: *capital, propiedad de la tierra, trabajo asalariado; Estado, comercio exterior, mercado mundial*. En los tres primeros tópicos investigo las condiciones económicas de vida de las tres grandes clases en que se divide la moderna sociedad burguesa; la conexión entre los tres temas restantes salta a la vista. La primera sección del libro primero, que trata del capital, contiene los siguientes capítulos: 1) la mercancía, 2) el dinero o la circulación simple, 3) el capital en general. Los dos primeros capítulos forman el contenido del presente fascículo. Tengo a la vista todos los materiales de la obra en forma de monografías que fueron escritas con grandes intervalos en distintos periodos para el esclarecimiento de mis propias ideas y no para su publicación; la elaboración sistemática de todos estos materiales de acuerdo con el plan indicado dependerá de circunstancias externas.

Suprimo una introducción general que había esbozado; prescindiendo de ella porque, habiendo reflexionado, me parece que adelantar resultados que es necesario demostrar primero sólo puede molestar; el lector que quiera realmente seguirme deberá estar dispuesto a remontarse de lo particular a lo general. Sin embargo, me parece oportuno hacer algunas indicaciones referentes a mis propios estudios de economía política.

Mi especialidad era la jurisprudencia que, no obstante, estudié como disciplina secundaria, al lado de la filosofía y la historia. En 1842-1843, siendo redactor de la *Gaceta del Rin (Rheinische Zeitung)* me vi por primera vez en la difícil obligación de tener que opinar sobre los llamados intereses materiales. Los debates de la Dieta renana sobre la tala furtiva y la parcelación de la propiedad de la tierra, la polémica oficial mantenida entre el

señor von Schaper —por entonces gobernador de la provincia renana— y la *Gaceta del Rin* acerca de la situación de los campesinos del Mosela, y finalmente, los debates sobre el libre cambio y el proteccionismo, fue lo que me movió a ocuparme por primera vez de problemas económicos. Por otra parte, en esa época en que el buen deseo de “ir adelante” superaba en mucho el conocimiento de la materia, en la *Gaceta del Rin* se había hecho oír un eco del socialismo y el comunismo francés, teñido de un tenue matiz filosófico. Yo me declaré en contra de ese trabajo de aficionado, pero al mismo tiempo, confesaba sinceramente en una controversia con la *Gaceta General de Augsburgo* (*Allgemeine Augsburger Zeitung*), que mis conocimientos de ese entonces no me permitían aventurar juicio alguno acerca del contenido mismo de las tendencias francesas. Más aun, aproveché diligentemente la ilusión de quienes dirigían la *Gaceta del Rin*, que creían que suavizando la posición del periódico conseguirían que se revocase la sentencia de muerte ya decretada contra él, para dejar la escena pública y retirarme a mi gabinete de estudio.

El primer trabajo que emprendí para resolver las dudas que me asaltaban fue una revisión crítica de la *Filosofía del derecho*, de Hegel, trabajo cuya introducción apareció en 1844 en los *Anales Franco-Alemanes* (*Deutsch-Französische Jahrbücher*), que se publicaban en París. Mis investigaciones me llevaron a la conclusión de que tanto las relaciones jurídicas como las formas de Estado, no pueden comprenderse por sí mismas ni por la llamada evolución general del espíritu humano, sino que, por el contrario, tienen sus raíces en las condiciones materiales de vida, cuyo conjunto resume Hegel, siguiendo el ejemplo de los ingleses y franceses del siglo XVIII, bajo el nombre de “sociedad civil”, y que la anatomía de la sociedad civil hay que buscarla en la economía política. En Bruselas, a donde me trasladé en virtud de una orden de destierro dictada por el señor Guizot, proseguí mis estudios de economía política iniciados en París. El resultado general a que llegué y que, una vez alcanzado, sirvió de hilo conductor en mis estudios, puede formularse brevemente de la siguiente manera. En la producción social de su vida, los hombres entran en determinadas relaciones necesarias e independientes de su voluntad, relaciones de producción que corresponden a una determinada fase de desarrollo de sus fuerzas productivas materiales. El conjunto de estas relaciones de producción forma la

estructura económica de la sociedad, la base real sobre la que se levanta la superestructura jurídica y política y a la que corresponden determinadas formas de la conciencia social. El modo de producción de la vida material condiciona el proceso de la vida social, política e intelectual en general. No es la conciencia del hombre la que determina su ser, sino, por el contrario, es su ser social el que determina su conciencia. Al llegar a una determinada fase de desarrollo, las fuerzas productivas materiales de la sociedad entran en contradicción con las relaciones de producción existentes, o, lo que no es más que la expresión jurídica de esto, con las relaciones de propiedad dentro de las cuales se han desenvuelto hasta allí. De formas de desarrollo de las fuerzas productivas, estas relaciones se convierten en trabas suyas. Y se abre así una época de revolución social. Al cambiar la base económica se conmociona, más o menos rápidamente, toda la inmensa superestructura erigida sobre ella. Cuando se estudian esas conmociones hay que distinguir siempre entre los cambios materiales ocurridos en las condiciones económicas de producción y que pueden apreciarse con la exactitud propia de las ciencias naturales; y las formas jurídicas, políticas, religiosas, artísticas o filosóficas; en una palabra, las formas ideológicas en que los hombres adquieren conciencia de este conflicto y luchan por resolverlo. Y del mismo modo que no podemos juzgar a un individuo por lo que él piensa de sí, no podemos juzgar tampoco a estas épocas de conmoción por su conciencia. Por el contrario, hay que explicarse esta conciencia por las contradicciones de la vida material, por el conflicto existente entre las fuerzas productivas sociales y las relaciones de producción. Ninguna formación social desaparece antes que se desarrollen todas las fuerzas productivas que caben dentro de ella, y jamás aparecen nuevas y más altas relaciones de producción antes de que las condiciones materiales para su existencia hayan madurado en el seno de la propia sociedad antigua. Por eso, la humanidad se propone siempre únicamente los objetivos que puede alcanzar, porque, mirando mejor, se encontrará siempre que estos objetivos sólo surgen cuando ya existen, o, por lo menos, se están gestando, las condiciones materiales para su realización. A grandes rasgos, podemos designar como otras tantas épocas de progreso, en la formación económica de la sociedad, el modo de producción asiático, el antiguo, el feudal y el moderno burgués. Las relaciones burguesas de

producción son la última forma antagónica del proceso social de producción; antagónica, no en el sentido de un antagonismo individual, sino de un antagonismo que proviene de las condiciones sociales de vida de los individuos. Pero las fuerzas productivas que se desarrollan en el seno de la sociedad burguesa brindan, al mismo tiempo, las condiciones materiales para la solución de este antagonismo. Con esta formación social se cierra, por lo tanto, la prehistoria de la sociedad humana.

Federico Engels, con el que yo mantenía un constante intercambio escrito de ideas desde la publicación de su genial bosquejo sobre la crítica de las categorías económicas (en los *Anales Franco-Alemanes*), había llegado por distinto camino (véase su libro *La situación de la clase obrera en Inglaterra*) al mismo resultado que yo. Y cuando, en la primavera de 1845, se estableció también en Bruselas, acordamos elaborar en común nuestros puntos de vista para contrastarlos con los conceptos ideológicos de la filosofía alemana; en realidad, saldar cuentas con nuestra conciencia filosófica anterior. El propósito fue realizado bajo la forma de una crítica de la filosofía poshegeliana. El manuscrito —dos gruesos volúmenes en octavo— estaba ya hacía mucho tiempo en manos del editor en Westfalia, cuando nos enteramos de que nuevas circunstancias imprevistas impedían su publicación.

En vista de ello, entregamos muy de buen grado el manuscrito a la crítica roedora de los ratones, pues nuestro objeto principal, esclarecer nuestras propias ideas, estaba ya conseguido. Entre los trabajos dispersos en que por aquel entonces expusimos al público nuestras ideas, bajo unos u otros aspectos, sólo citaré el *Manifiesto del Partido Comunista*, que redacté en colaboración con Engels, y un *Discurso sobre el librecambio*, que publiqué. Los puntos decisivos de nuestra concepción fueron expuestos por vez primera científicamente, aunque sólo en forma polémica, en la obra *Miseria de la Filosofía*, publicada por mí en 1847 y dirigida contra Proudhon. La publicación de un estudio escrito en alemán sobre el *Trabajo asalariado*, en el que recogía las conferencias explicadas por mí acerca de este tema en la Asociación obrera alemana de Bruselas, fue interrumpida por la revolución de febrero, que trajo como consecuencia mi alejamiento forzoso de Bélgica.

La publicación de la *Nueva Gaceta del Rin* (*Neue Rheinische Zeitung*) (1848-1849), y los acontecimientos posteriores, interrumpieron

pieron mis estudios económicos, que no pude reanudar hasta 1850, en Londres. La numerosa documentación sobre la historia de la economía política acumulada en el British Museum, la posición tan favorable que brinda Londres para la observación de la sociedad burguesa y, finalmente, la nueva fase de desarrollo en que parecía entrar ésta con el descubrimiento del oro en California y en Australia, me impulsaron a volver a empezar desde el principio, abriéndome paso, de un modo crítico, a través de los nuevos materiales. Estos estudios me llevaban, a veces, por sí mismos, a campos aparentemente alejados y en los que tenía que detenerme más o menos tiempo. Pero lo que sobre todo reducía el tiempo de que disponía era la necesidad imperiosa de trabajar para vivir. Mi colaboración desde hace ya ocho años en el primer periódico anglo-americano, el *New York Tribune*<sup>1</sup>, me obligaba a desperdiciar extraordinariamente mis estudios (ya que sólo en casos excepcionales me dedico a escribir para la prensa). Los artículos sobre los acontecimientos económicos más salientes de Inglaterra y el continente formaban una parte tan importante de mis colaboraciones, que me vi obligado a familiarizarme con una serie de detalles de carácter práctico situados fuera de la órbita de la ciencia propiamente dicha de la economía política.

Este esbozo sobre la trayectoria de mis estudios en el campo de la economía política tiende simplemente a demostrar que mis ideas, cualquiera que sea el juicio que merezcan y por mucho que choquen con los prejuicios interesados de las clases dominantes, son el fruto de largos años de concienzuda investigación. Pero en la puerta de la ciencia, como en la puerta del infierno, debiera estamparse esta consigna:

*Qui si conven lasciare ogni sospetto;  
Ogni vilita convien che sia morta.*

CARLOS MARX

Londres, enero de 1859.

<sup>1</sup> *New York Daily Tribune*, diario democrático que se publicó en Nueva York entre 1841 y 1924. Marx colaboró en él desde 1851 hasta 1862. (N. del E.)